

El Paisaje ritual nébome

Emiliano Gallaga Murrieta
Centro INAH Chiapas

Una tarde de verano del siglo XVII en el atrio de alguna de las misiones jesuitas ubicadas en la margen del Río Yaqui, Sonora, una mujer yaqui comenta al sacerdote “padre, mire atrás del río; ¿ve todas esas montañas, montes, picos y sierras? Bueno, nosotros adoramos a todas ellas y ahí nosotros practicamos y celebramos nuestras supersticiones” (Pérez de Ribas 1999:368). En esta conversación que relata haber tenido el padre jesuita Pérez de Ribas, podemos sintetizar toda la estructura de pensamiento religioso de los pueblos y comunidades que habitaron y habitan el gran noroeste de México. En esta vasta región no se cuentan con grandes templos o pirámides; quizá porque no los necesitaron. La majestuosidad de su paisaje natural fue suficiente para albergar a sus dioses, sus ofrendas y a sus muertos. Sin embargo, aunque las montañas, montes, picos y sierras siguen allí carecemos de los códigos para interpretarlos.

Entre la década de los años 40 y 50, el análisis de los contextos arqueológicos se ve revolucionado con el concepto de patrón de asentamiento, donde se comienza a comprender a una comunidad en relación con su entorno y en relación con los sitios o comunidades aledañas (Willey 1953). Sin embargo, aunque estos análisis o patrones mostraban una relación material y jerárquica en y de las comunidades, no incorporaban otros aspectos culturales que dan forma a la comunidad o sitio en cuestión, como son paisajes rituales, marcadores geográficos, o barreras/limites étnicos (Anschuetz et al. 2001; Ashmore y Knapp 1999; Gallaga 2006, 2007). Es en este contexto que se comienza a usar el término “paisaje”. A partir de los años 70, se visualiza al paisaje no solo como una descripción del medio ambiente o del patrón de asentamiento sin aspectos culturales, sino algo complementario entre estos dos conceptos que incorpora información recopilada por antropólogos y etnógrafos, como son actividades rituales o como es percibido el entorno natural por una comunidad. De esta manera se percibe al paisaje como una formación o creación completamente humana y por ende tiene que ser estudiado como tal. James Potter describe al paisaje como

un proceso conceptual y social; el cual es tanto como percibe y hace la gente sobre el terreno como los recursos que existen sobre este. Los paisajes son creados por la actividad humana, la cual no solamente es influenciada por la distribución de recursos en el terreno sino también por las percepciones culturales de las relaciones humanas sobre esos recursos [Potter 2004:322].

Cuatro premisas inter-relacionadas proveen los fundamentos para el análisis del paisaje:

- (1) El paisaje no es sinónimo del medio ambiente.
- (2) El paisaje es varios mundos, producto de procesos culturales.
- (3) El paisaje es la arena de todas las actividades de una comunidad.
- (4) El paisaje es una construcción dinámica (Anschuetz et al. 2001:160-161).

Siguiendo estas premisas, los investigadores del paisaje enfatizan a la cultura humana y su intervención (*agency*), y reconocen cómo éstas inciden en la construcción del mundo y cómo es percibido por el individuo (Dobres y Robb 2000). Esta percepción esta siempre cambiando y en desarrollo. Por esta razón, el análisis del paisaje se centra en tres diferentes pero complementados

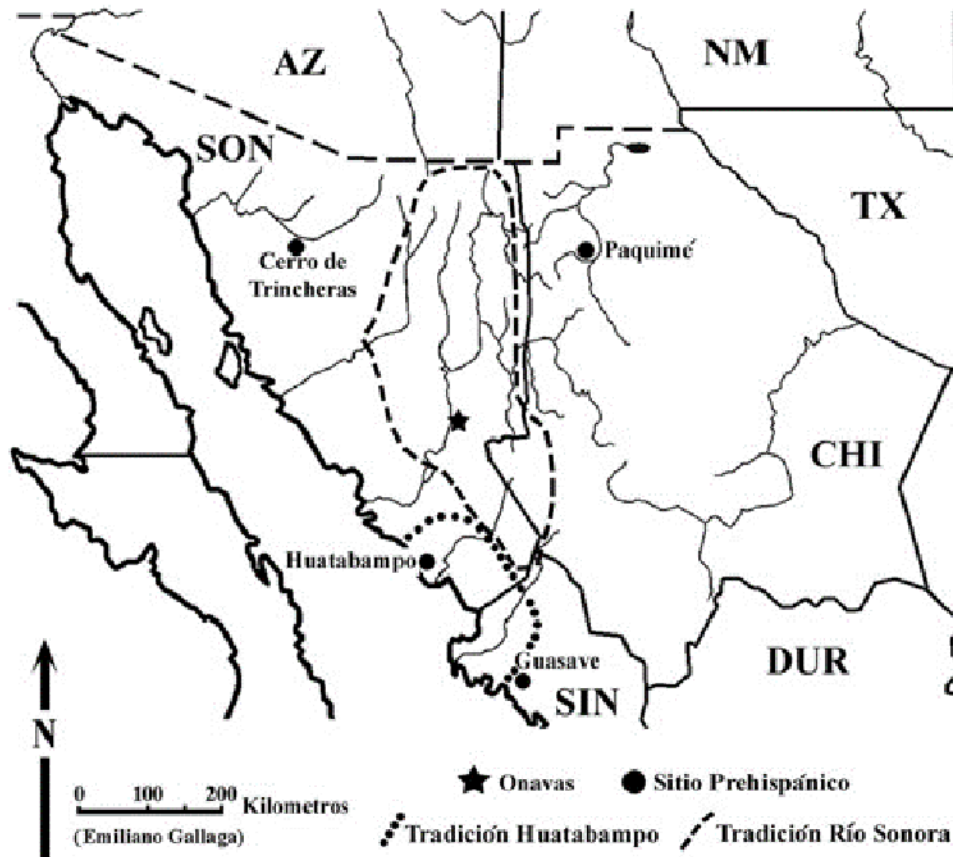


Figura 1: Localización geográfica del valle de Onavas, Sonora, México y de las tradiciones arqueológicas Río Sonora y Huatabampo.

conceptos analíticos: 1) asentamiento ecológico o patrón de asentamiento, 2) paisaje ritual, y 3) paisaje étnico (Anschuetz et al. 2001; Ashmore y Knapp 1999).

En este trabajo, presentaré los resultados del análisis del paisaje ritual realizado por el Proyecto Arqueológico Valle de Onavas (PAVO) en un área que ha sido poco estudiada por los arqueólogos, el valle medio del Río Yaqui. El PAVO se concentró en la comunidad de Onavas en el Río Yaqui entre las presas Álvaro Obregón y el Novillo (Figura 1). Mediante un recorrido total de superficie y del análisis de material proveniente de las comunidades prehispánicas localizadas, se estableció el paisaje cultural del Valle de Onavas durante el periodo prehispánico tardío y se definió la tradición arqueológica local de los indígenas nébomes. En este proceso, el PAVO concluyó que esta área es más a fin con la tradición Huatabampo que con la generalmente asignada tradición del Río Sonora (Gallaga 2006, 2007). También se comprobó la utilidad del uso del concepto de paisaje como un medio para la interpretación de los contextos arqueológicos de esta región.

El Valle de Onavas

Este valle se localiza al centro-sur del estado, en la sub-provincia geográfica de riscos y valles que caracteriza a este estado costero del Pacífico. Está en un área de contención entre la Sierra Madre Occidental y el Desierto de Sonora. Fisiográficamente la región está conformada por un sistema paralelo de montañas con estrechos valles inter-montañosos con una elevación de entre

140 msnm para los valles y 600 msnm para los sistemas montañosos (Escárcega 1996; Pérez 1996). Varios afluentes formados en las montañas alimentan al Río Yaqui, el cual desemboca en el Golfo de California. Las características geográficas y físicas de la región, junto con la lluvia, viento y erosión, han producido ricos y fértiles valles para actividades agrícolas. Esta característica hace a estos valles deseables para el asentamiento de comunidades, las cuales se localizaron cercanas a los ríos y a las tierras cultivables (Gallaga 2006, 2007). Contextos similares han sido identificados por investigadores en otras partes del estado (e.g., Doolittle 1988; Douglas y Quijada 2004; Fish y Fish 2004; Pailes 1972).

Proyecto Arqueológico Valle de Onavas (PAVO)

El trabajo de campo del PAVO consistió en un recorrido de superficie total del valle con la comunidad de Onavas al centro. Al final del trabajo de campo, más de 67 km² fueron cubiertos. Dentro de esta área, 126 sitios arqueológicos fueron localizados (122 por el PAVO y cuatro por proyectos previos, INAH 1998) (Figura 2). El subsecuente análisis temporal de sitios identificó que, de los 126 sitios, uno es paleontológico, cuatro arcaicos, 117 prehispánico tardío, y seis históricos. Adicionalmente, se colectaron y analizaron 10,740 tiestos cerámicos (113.550 kg), 2,363 piezas líticas (64.051 kg), y 1,191 piezas de concha marina (1.113 kg). Junto con el área de sitio, presencia/ausencia de unidades habitacionales y estructuras públicas, y análisis de material, se clasificó a los sitios localizados. Esta clasificación, junto con las características naturales del entorno y la información etnográfica e histórica recabada, presentó una base sólida para comenzar a discernir el paisaje cultural del Valle de Onavas, que en esta ocasión sólo nos enfocaremos al paisaje ritual (Gallaga 2006, 2007).

Paisaje ritual

Anschuetz et al. (2001:178) definen al paisaje ritual como el resultado “de las acciones estereotipadas, incluidos actos específicos y secuenciales, que representan las ordenes prescritas socialmente mediante las cuales las comunidades definen, legitiman y sustentan la ocupación de sus territorios tradicionales”. Más que en el concepto de asentamiento cultural o patrón de asentamiento, la intervención (*agency*) humana y su conocimiento cultural son factores principales en la construcción del paisaje ritual, tanto en lo material como el imaginario (Basso 1996; Dobres y Robb 2000). La repetición de actividades rituales, ceremoniales y/o festividades, producen una memoria social que acrecienta la filiación comunitaria entre sus miembros y entre las distintas comunidades que pueden o no tener una estructura política que las integre (Potter 2004; Rappaport 1979), como es el caso de las comunidades yaquis (Giddings 1993; Spicer 1994) o seris, según sea el caso. Aún más, Keith Basso (1996) sostiene que la sabiduría tradicional está fuertemente relacionada con lugares, inscribiendo en el paisaje historias, leyendas, conocimiento y poder que ayudan a estructurar actividades y organizar relaciones sociales.

La importancia de estas actividades rituales y el continuo incremento del conocimiento cultural pueden derivar en la construcción de arquitectura pública por la repetición y rehusó de un área específica para desarrollar estas actividades (Anschuetz et al. 2001; Ashmore y Knapp 1999). Estos restos pueden tomar la forma de “edificios públicos, monumentos, plazas, petroglifos o pictograbados y varios marcadores vernáculos” (Anschuetz et al. 2001:178), que en el análisis de paisaje se denominara “paisaje construido”. Por otro lado, se contara con marcadores naturales o paisaje conceptual sin o con poca presencia de restos culturales significativos, como son ríos,

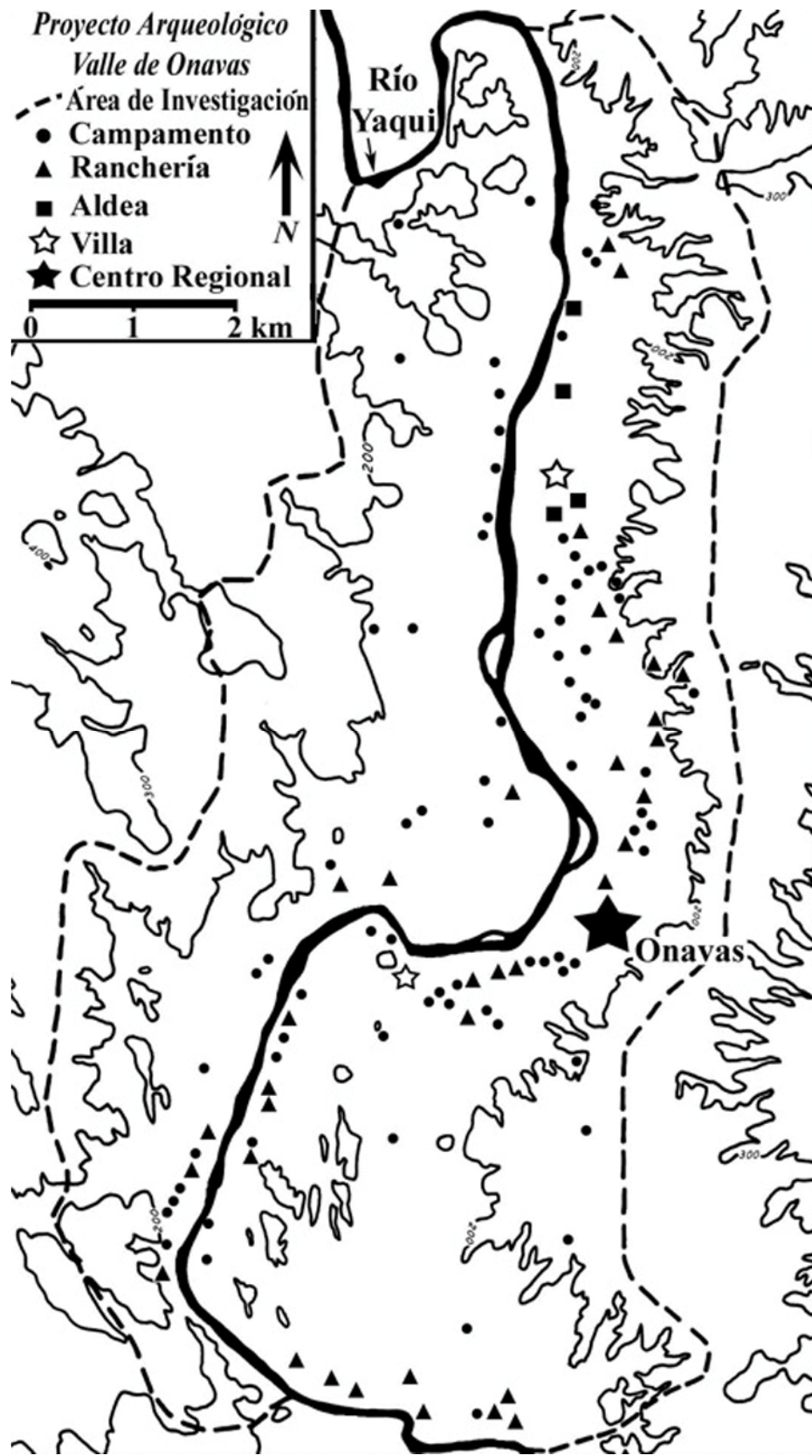


Figura 2: Clasificación y distribución de los distintos sitios prehispánicos.



Figura 3: Altar de piedra laja localizado en la Villa del Sur (SON P:10:70).

montañas, cuevas, bosques, acuíferos o picos, que guardan particular interés en el desarrollo cultural comunitario y que deben ser tomados en cuenta (Ashmore y Knapp 1999; Basso 1996).

Dentro de la clasificación de paisaje construido, el proyecto identificó varios elementos arquitectónicos que en la gran mayoría fueron clasificados como domésticos. Sin embargo, algunos de ellos pudieron ser catalogados como públicos y rituales, los cuales describiremos a continuación.

Pérez de Ribas (1999:189, 246, 236, 494, 495) menciona el uso de altares e ídolos de piedra entre las comunidades indígenas de la Sierra Madre, los cuales se localizaban entre las comunidades al aire libre o reclusos en el monte. Dos posibles altares fueron identificados por el PAVO. En el sitio identificado como la Villa del Sur (SON P:10:70), se registró una estructura de piedra laja sin cementantes que ha sido identificado como un altar en la cima de un monte cercano (Figura 3). Usando la pendiente del monte como base, cuenta con dos plataformas de piedra, una de 8 x 6 x 0.50 m y otra súper-impuesta en la primera de 4 x 4 x 0.50 m. La orientación del altar parece estar alineado con el pico más alto de la sierra al este del valle y aunque esta última aseveración no ha sido confirmada por el PAVO, los picos de la sierra pudieron haber sido usados como marcadores astronómicos. Otro posible altar de piedra, pero de menor tamaño, fue localizado en el sitio SON P:6:10, que fue identificado como una aldea, cerca del Río Yaqui. Este elemento, localizado en la porción suroeste del sitio, consistió en dos plataformas rectangulares de piedra de río, la primera de 3 x 1 x 0.15 m y una segunda de 1 x 0.50 x 0.25 m. Tomando en cuenta el tamaño,



Figura 4: Plataforma de tierra recubierta de piedra bola identificado en el sitio la Villa del Norte (SON P:10:12).

se identificó como un altar familiar. Aunque los documentos coloniales hablan frecuentemente de idolatría, hechicería, ceremonias y rituales entre los indios de esta región, proveen muy pocos detalles de los rituales y su cultura material o descripción de estos. Sin embargo, los padres mencionan el uso de este tipo de altares de piedra, localizados muchas veces en los montes cercanos. En este sentido, el padre Pérez de Ribas (1999:495) menciona que “algunos de estos ídolos los construyen en forma de altares que consisten en pilas de piedra y lodo”, descripción que aplica perfectamente a los elementos aquí descritos.

En el mismo sitio identificado como la Villa del Sur (SON P:10:70), se percibió un espacio abierto rodeado de estructuras habitacionales que se identificó tentativamente como una plaza. De esta, se puede observar el altar de piedra laja y sus alrededores. Documentos coloniales mencionan el uso de plazas y de los discursos/arengas que los caciques o jefes realizaban desde los techos de alguna casa hacia los miembros de su comunidad congregados en estas (Pérez de Ribas 1999:276). Actividades semejantes pudieron haber sido realizadas en este sitio.

En el sitio identificado como la Villa del Norte (SON P:10:12), un montículo de tierra fue identificado (Figura 4). Este elemento mide 16 x 7 x 2.5 m de alto, elaborado en tierra pisada y el cual fue posiblemente cubierto con piedras de río. Algunas de estas piedras pueden ser apreciadas en su cara oeste. Su posible uso fue para extender la mesa alledaña y poder contener posibles estructuras o como un elemento público. Aunque el montículo no es impresionante en tamaño y construcción, su elaboración requirió un esfuerzo comunitario y lo identifica como arquitectura pública.

Uno de los elementos del valle posiblemente más significativos es el del sitio SON P:10:8, identificado como un montículo funerario. Este sitio se localizó muy cerca de la comunidad de



Figura 5: Entierros localizados en el interior del sitio SON P:10:8 identificado como el montículo funerario.

Onavas, considerada por el PAVO como el centro regional prehispánico nébome, y consiste de un montículo de 100 x 65 m y casi 2 m de alto. Al momento de su registro, menos de una tercera parte permanece intacto debido principalmente a las actividades agrícolas. Una cantidad de material arqueológico puede ser observado en superficie como resultado de esa destrucción.

Informantes locales mencionaron que cuando se construyó un canal de concreto en 1999, varios entierros e inhumaciones fueron localizados y saqueados. La realización de una cala de aproximación de 2 x 2 m confirmó la presencia de enterramientos en su interior (Figura 5). Es importante mencionar que un número significativo de material doméstico fue recolectado de este sitio, como metates y una gran densidad de material cerámico y lítico. Dicha evidencia podría indicar que el montículo pudo haber tenido un uso doméstico. También se podría tratar de restos materiales de actividades rituales in situ relacionadas con los muertos. Este montículo funerario es el primero en su tipo registrado en Sonora y el tercero en el noroeste de México (por lo menos que han sido publicados; Ekholm 1942; Gallaga 2006, 2007; Talavera 1995).

En lo que respecta a las representaciones iconográficas, solo un sitio de pintura rupestre ha sido identificado, el SON P:10:5. Este elemento se localiza en un panel de piedra a lo largo del arroyo El Obispo a unos 4 km del Río Yaqui, hacia las montañas en la margen oeste. En total, el panel consiste de 15 pinturas, la mayoría son diseños geométricos (zigzag, líneas, círculos, espirales y rombos) en colores rojo, azul, púrpura y café. No se localizaron otros elementos, estructuras o material arqueológico asociado al sitio. La ubicación y el tipo de pinturas sugieren

que el sitio pudo estar relacionado con el arroyo o el agua. De igual forma, siguiendo el curso de este particular arroyo hacia la sierra se llega a sitios “casas-acantilado” (según informes locales), con lo que es posible que las pinturas también estén asociadas a marcadores territoriales.

Por último, dentro del paisaje construido, se registró el sitio SON P:10:20 que es un geoglifo en forma de estrella (Figura 6). Este elemento se ubica en una mesa en el valle cercano al Río Yaqui. Este geoglifo representa un triángulo de apenas 4 m² realizado con piedra de río. De cada una de las esquinas, una alineación de piedra se extiende por 1 o 2 m. En superficie, muy poco material arqueológico fue recolectado en asociación directa con este elemento. No se localiza ningún sitio residencial cercano. Los geoglifos son comunes en el contexto arqueológico del desierto de Sonora y por lo menos se tiene registro de dos sitios más con geoglifos en forma de estrella, uno en Río Boquillas cerca del sitio La Playa y en la Isla Tiburón (Montané 1996:178). De esta manera, el geoglifo de Onavas no es un elemento aislado dentro del registro arqueológico sonorense. Aunque su uso y significado permanece sin conocerse, se les asocia a actividades rituales o ceremoniales muy posiblemente asociados con el manto celeste.

Citando a Keith Basso:

Para los hombres y mujeres indígenas, el pasado se encuentra impregnado en los elementos de la tierra -- en cañones y lagos, montañas y arroyos, rocas y espacios vacíos -- que juntos dotan a sus tierras con múltiples formas de significado que penetra en sus vidas y permea la forma que ellos piensan [Basso 1996:34].

Por lo que, como parte del paisaje ritual construido en el valle, marcadores naturales o del paisaje conceptual debieron haber existido en el mundo mágico y mítico elaborado socialmente por las comunidades prehispánicas nébomes y que muy posiblemente no existan elementos materiales o arqueológicos que los identifiquen. Historia oral, leyendas o mitos registrados de los grupos indígenas acerca del uso o conocimiento de estos marcadores naturales pueden proveer información que facilite su identificación en el paisaje arqueológico.

Para las comunidades nébomes de Onavas, así como para cualquier otra de la región del noroeste, cualquier fuente de agua debió de utilizarse como uno de estos marcadores conceptuales (Figura 7). La importancia del Río Yaqui consistió no solamente como una fuente de agua y de recursos en el valle, pero también como una fuerza natural cíclica que da y quita vida. De esta manera, el Río Yaqui sin duda debió haber sido un elemento fundamental en el mundo mítico nébome. Al igual que otras comunidades indígenas, los nébomes tuvieron rituales o ceremonias asociadas al río, a sus crecidas, y a sus recursos. Pérez de Ribas (1999:291) registro algunas de estas actividades, describiendo como los indios tenían objetos mágicos y ceremonias particulares tanto para pedir por agua para la siembra como para pedir que las crecidas no destruyeran sus cultivos. En otros pasajes de su obra, el padre jesuita menciona: “Cuando la esposa, hijo o pariente cercano muere y la persona es enterrada; el viudo, viuda, o el sobreviviente más cercano es llevado al río, y ahí mirando al oeste, es sumergido en el agua tres veces” (Pérez de Rivas 1999:179).

Esta descripción, evidencia que el río jugó un papel importante en el mundo mágico-espiritual de las comunidades prehispánicas nébomes. Más recientemente, en los años 60, Pennington, antropólogo que realizó un estudio en la misma región que el PAVO, registró una ceremonia de fertilidad llamada *dutki'adat, dukitč* (cuando el agua llega), donde el Río Yaqui juega un rol importante:

Varias mujeres participan ... las mujeres escogidas van al monte (*ša'igam*) por siete días. En este tiempo no ven a nadie más que a ellas. Luego regresan a la villa y bailan por uno o dos días sobre una tabla encima de una gran olla (*haha*) que se

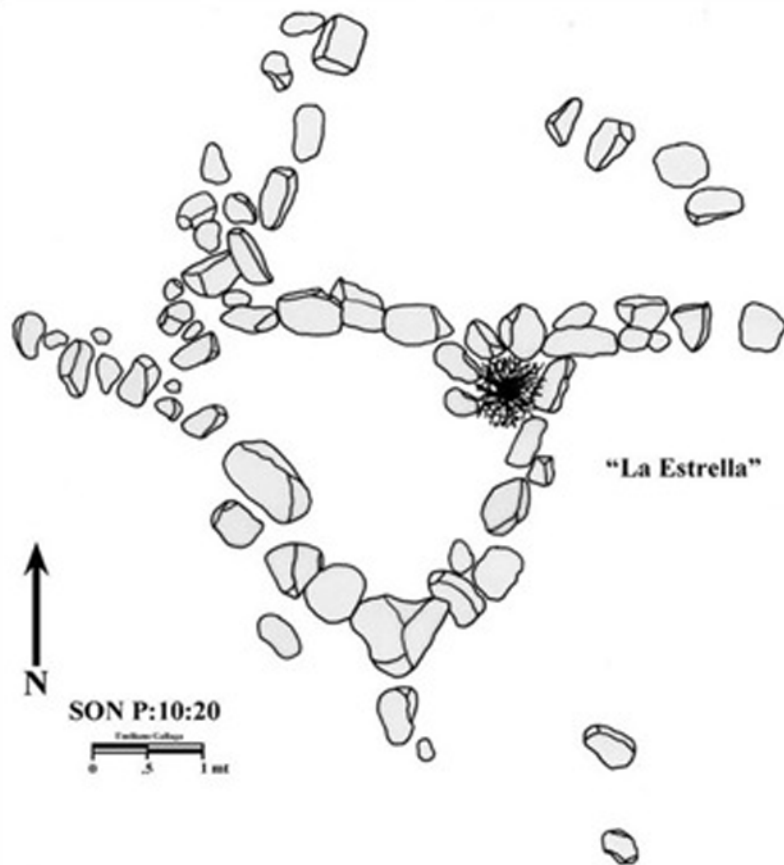


Figura 6: Geoglifo en forma de estrella en contexto aislado identificado como el sitio SON P:10:20.



Figura 7: Indios mayo celebrando el día de San Juan en el Río Mayo (Fotografía cortesía de University of Arizona, Arizona State Museum, Photographic Collections, Edward H. and Rosamond B. Spicer Collection).

encuentra enterrada conteniendo maíz, calabaza, y frijol. Cuando esas semillas son plantadas están seguros de su germinación ... cuando el baile termina, un grupo de hombres se forma en fila desde el lugar del baile hasta el Río Yaqui. Las mujeres corren hacia el río, despojándose de sus ropas y saltando al río [Pennington 1980:149].

Aquí, aunque algunos 100 años más tarde, el Río Yaqui continúa jugando un papel preponderante en la estructura religiosa de la comunidad.

Aparte del Río Yaqui, los nébomes debieron adorar otros marcadores naturales como cuevas o picos de montañas, y haberlos incluidos dentro de su mundo mágico. Por ejemplo, en Mesoamerica las cuevas han sido consideradas portales al inframundo, sirviendo como conexiones metafóricas entre el mundo mortal y supernatural, como casas de dioses o lugar de origen (Broda 1991; Taube 2003). Investigaciones etnográficas indican que abrigos rocosos fueron usados entre los pimas bajo, pero no se mencionan para el Valle de Onavas (Dunnigan 1983). Como ya se dijo, se tiene conocimiento de sitios arqueológicos en lo alto de la sierra; desafortunadamente, el PAVO no contrastó dicha información que pudo haber proporcionado mayor información acerca del pasado nébome y el uso de las cuevas.

En suma, el PAVO registro varios ejemplos de posibles paisajes construidos y estableció posibles marcadores naturales, estableciendo un primer paisaje ritual para el Valle de Onavas. Un posible montículo de tierra, dos altares de piedra, un geoglifo, pinturas rupestres, una posible plaza y un posible montículo funerario componen la evidencia material de dichos marcadores

construidos y sirven de evidencia material del paisaje ritual de las comunidades nébomes. ¿Cómo fueron usadas? ¿Qué tipo de actividades o rituales fueron practicados ahí? Son algunas de las interrogantes que emergen, pero que posiblemente no podremos responder. Sin embargo, en el futuro con mayor análisis tanto material como de los documentos podremos esbozar algunas ideas. Mediante el análisis de material, se observa una ocupación humana larga y constante en el valle. La presencia de estructuras públicas sugiere que las comunidades prehispánicas alcanzaron un desarrollo político-social que les permitió instigar a los miembros de la comunidad a construir estructuras para el bien común y no solo al nivel familiar. La distribución de la arquitectura pública en el valle, revela que la mayoría de estos elementos se localizaron en las villas, como son el montículo de tierra, los altares de piedra y la plaza, o en completo aislamiento como son las pinturas rupestres y el geoglifo La Estrella. Este contexto puede indicar una diferenciación entre actividades abiertas-públicas y aisladas, como puede ser percibido en la ceremonia de fertilidad *dutki'adat, dukitč* (cuando el agua llega). Similares actividades pudieron haberse llevado a cabo entre paisajes construidos y marcadores naturales en tiempos prehispánicos.

La presencia de pictograbados y geoglifos representa un escenario familiar en termino de prácticas rituales y mágicas dentro del registro arqueológico sonoreense, pero la identificación de altares de piedra y un posible montículo funerario sugiere una estructura ceremonial y ritual más compleja de lo que se esperaba. En caso particular del montículo funerario, Álvarez (2003) menciona que los sitios asociados con la tradición arqueológica Huatabampo se distinguen por contar con un espacio funerario común (cementerio). Es posible interpretar que el concepto de “cementerio” utilizado por las comunidades del Valle de Onavas sea una influencia del área de Huatabampo, considerada una región cultural colindante con las regiones mesoamericanas más norteñas. Hasta el momento, el Valle de Onavas parece tener más afiliación con la región de Huatabampo que con la tradición Río Sonora. Futuras investigaciones y excavaciones más extensas en el montículo funerario expandirán nuestro conocimiento sobre las prácticas mortuorias nébomes, de su cultura material, y sobre su paisaje ritual que podrá ser comparado con los contextos funerarios huatambameños.

Conclusiones

Esta presentación resume e interpreta la información arqueológica recolectada por el PAVO en lo que paisaje ritual se refiere. Aunque estos resultados para las comunidades prehispánicas nébomes del Valle de Onavas son muy sugerentes y limitados, el análisis provee de una serie de hipótesis a contrastar por futuras investigaciones. Por lo pronto, se establece no solo un paisaje construido sino también natural, y con actividades públicas y aisladas. Consideramos que se registró la mayoría de los elementos del paisaje construido de uso público del valle, mientras que faltaría por registrar más elementos aislados en las inmediaciones del valle que indiquen actividades apartadas del resto de la comunidad o que puedan indicar la valoración de marcadores naturales dentro de la estructura religiosa de la comunidad. Mientras que se establece que es necesario mucha más investigación, también se muestra el acierto por haber integrado y considerado varias líneas de investigación alternas a la arqueología como es la etnohistoria, etnografía y antropología sobre todo para la interpretación de los contextos identificados.

Agradecimientos

Agradezco a la National Science Foundation (BCS-0424743), a la University of Arizona,

a la Arizona Archaeological and Historical Society, y al CONACYT por el apoyo económico prestado. También, agradezco el apoyo del Dr. Paul Fish y Dra. Suzanne Fish por su apoyo y comentarios. Al Dr. Richard Pailles de la University of Oklahoma, al Dr. Charles Spencer, Dr. Christina M. Elson del American Museum of Natural History por facilitarme el acceso a sus colecciones. A la Lic. Elisa Villalpando y al Centro INAH Sonora por su apoyo. A la arqueóloga Julia Bendímez y todo el equipo del Centro INAH Baja California por invitarme a participar en el coloquio “Balances y Perspectivas 2009”. A Mayela Pastrana†, Cory Harris, César Villalobos, Marycruz Magaña, Coral Montero y Inge Armando por su valiosa participación en campo. A la comunidad de Onavas y sus autoridades municipales que nos brindaron de todo su apoyo. Y finalmente a la Dra. Gillian Newell y Xavi Gallaga por su apoyo y comentarios.

Bibliografía

Álvarez, Ana Maria

2003 “¡Que tiempos aquellos, Señor Don Simón!: balance y perspectivas del proyecto Huatabampo a muchos años de su realización”, ponencia presentada en “30 años del INAH en Sonora: mesas de análisis, balance y perspectivas en arqueología, historia y antropología”, Hermosillo, Sonora.

Anschuetz, Kurt F., Richard H. Wilshusen y Cherie L. Scheick

2001 “An archaeology of landscapes: perspectives and directions”, *Journal of Archaeological Research* 9(2):157-211.

Ashmore, Wendy y A. Bernard Knapp (eds.)

1999 *Archaeologies of landscape: contemporary perspectives*, Blackwell Publishers, Oxford.

Basso, Keith H.

1996 *Wisdom sits in places: landscape and language among the western Apache*, University of New Mexico Press, Albuquerque.

Broda, Johanna

1991 “Cosmovisión y observación de la naturaleza: el ejemplo del culto de los cerros en Mesoamérica”, en *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica*, Johanna Broda, Stanislaw Iwaniszewski y Lucrecia Maupomé, eds., pp. 461-500, Universidad Nacional Autónoma de México.

Doolittle, William E.

1988 *Pre-Hispanic occupance in the Valley of Sonora, Mexico: archaeological confirmation of early Spanish reports*, University of Arizona Anthropological Papers 48, Tucson.

Dobres, Marcia-Anne y John Robb (eds.)

2000 *Agency in Archaeology*, Routledge, Londres.

Douglas, John E. y César Quijada

2004 “Between the Casas Grandes and the Río Sonora valleys: chronology and settlement in the upper Bavispe Drainage”, en *Surveying the archaeology of northwest Mexico*, Gillian E. Newell y Emiliano Gallaga, eds., pp. 93-112, University of Utah Press, Salt Lake City.

Dunnigan, Timothy

1983 “Lower Pima”, en *Southwest*, Alfonzo Ortiz, ed., pp. 217-230, Handbook of North American Indians, vol. 10, Smithsonian Institution, Washington, D.C.

- Escársega E., Jesús A.
 1996 "Geología de Sonora", en *Historia general de Sonora*, tomo 1: periodo prehistórico y prehispánico, pp. 25-96, Gobierno del Estado de Sonora, Hermosillo.
- Ekholm, Gordon
 1942 *Excavations at Guasave Sinaloa, Mexico*, American Museum of Natural History Anthropological Papers 38, New York.
- Fish, Suzanne K. y Paul R. Fish
 2004 "In the Trincheras heartland: initial insights from full-coverage survey", en *Surveying the archaeology of northwest Mexico*, Gillian E. Newell y Emiliano Gallaga, eds., pp. 47-64, University of Utah Press, Salt Lake City.
- Gallaga M., Emiliano
 2006 *An archaeological survey of the Onavas Valley, Sonora, Mexico: a landscape of interactions during the late prehispanic period*, tesis, University of Arizona, Tucson.
 2007 "The Pre-Hispanic communities of the Onavas Valley: new archaeological research in the middle Yaqui River valley, Sonora, Mexico", *The Kiva* 72(3):329-344.
- Giddings, Ruth Warner
 1993 *Yaqui myths and legends*. University of Arizona Press, Tucson.
- Montané, Julio César
 1996 "Desde los orígenes hasta 3000 años antes del presente", en *Historia general de Sonora, tomo 1: periodo prehistórico y prehispánico*, pp. 151-195, Gobierno del Estado de Sonora, Hermosillo.
- Pailles, Richard A.
 1972 *An archaeological reconnaissance of southern Sonora and reconsideration of the Río Sonora culture*, tesis, Southern Illinois University, Carbondale.
- Pennington, Cambell W.
 1980 *The Pima Bajo of Central Sonora, Mexico*, vol. 1, University of Utah Press, Salt Lake City.
- Pérez Bedolla, Raúl G.
 1996 "Geografía de Sonora", en *Historia general de Sonora, tomo 1: periodo prehistórico y prehispánico*, pp. 97-150, Gobierno del Estado de Sonora, Hermosillo.
- Pérez de Ribas, Andres
 1999 *History of the triumphs of our holy faith amongst the most barbarous and fierce peoples of the New World*, Daniel T. Reff, Maureen Ahern y Richard K. Danford, eds., University of Arizona Press, Tucson.
- Potter, James M.
 2004 "The creation of person, the creation of place: hunting landscape in the American southwest", *American Antiquity* 69(2):322-338.
- Rappaport, Roy A.
 1979 *Ecology, meaning, and religion*, North Atlantic Books, Richmond, California.
- Spicer, Edward
 1994 *Yaquis: historia de una cultura*, Serie Historiadores y Cronistas de Indias 9, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Talavera González, Jorge Arturo
 1995 *Mochicahui, Sinaloa: un asentamiento prehispánico en la frontera septentrional de Mesoamerica (un estudio arqueológico)*, tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

Taube, Karl

- 2003 “Ancient and contemporary Maya conceptions about forest and fields”, en *The lowland Maya area: three millennia at the human-wildland interface*, Arturo Gómez-Pompa, Michael F. Allen, Scott L. Fedick y Juan J. Jiménez-Osornio, eds., pp. 461-492, Food Products Press, New York.

Willey, Gordon R.

- 1953 *Prehistoric settlement in the Virú Valley, Peru*, Bureau of American Ethnology Bulletin 155, Washington, D.C.